

Sobre Páramos y Sangurimas

Un diálogo entre las narrativas de Juan Rulfo y José de la Cuadra

Facundo Gómez

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

El objetivo del presente trabajo es analizar en conjunto ciertas problemáticas presentes en las novelas *Pedro Páramo* (1955), de Juan Rulfo y *Los Sangurimas* (1934), de José de la Cuadra. La elección del corpus está motivada por la necesidad de revisar el lugar de la narrativa ecuatoriana de la década de 1930 en el canon y los estudios de la literatura latinoamericana.

La presencia de una serie de complejas operaciones en torno a la oralidad, el fragmento, la frontera entre la vida y la muerte y la creación de un espacio mítico en *Los Sangurimas* permite relacionar su búsqueda con los procedimientos narrativos y la problemática estética y cultural presente en la novela de Rulfo. En las resoluciones que cada obra ensaya en torno a las problemáticas del narrador y al par oralidad/escritura se pueden leer diferentes inflexiones en los modos de representación de las comunidades y una particular reflexión sobre la propia escritura. Por lo tanto, esta vinculación permite una doble operación crítica: por un lado, actualizar la lectura de *Pedro Páramo*, enmarcándola en un largo proceso de búsquedas estéticas que lo precedieron y, por otro, revisar la ubicación de *Los Sangurimas* en la historia de la literatura latinoamericana.

La presente ponencia se propone leer a *Pedro Páramo*, de Rulfo y *Los Sangurimas*, de De la Cuadra partiendo de la superación crítica que ambos relatos hicieron del regionalismo latinoamericano. Las obras de Rulfo y De la Cuadra apelaron de distinta forma a las innovaciones técnicas que la literatura occidental venía ensayando, para crear espacios ficcionales con voces y procedimientos narrativos entrelazados con los conflictos socioculturales y la tradición de las comunidades representadas. Los dos textos trabajan con el dinamismo radical y autorreflexivo de una perspectiva crítica que se desplaza entre el mito y la historia, el adentro y el afuera. La dicotomía civilización y barbarie se disloca y problematiza y los grupos sociales son narrados desde una interioridad contradictoria y desgarrada en la que se redescubren valores y cualidades propias, osificadas por la tradición. Ángel Rama considera este tipo de narrativa como transculturadora, en tanto supera tanto al regionalismo más sociológico como sus reformulaciones híbridas, abriendo nuevos caminos para la literatura latinoamericana (2007).

Sobre exorcismos y obturaciones críticas

Pedro Páramo ocupa un lugar central en la historia de la literatura latinoamericana. Publicada en 1955, la novela de Juan Rulfo ha sido leída como un texto que encuentra en el mito el procedimiento privilegiado para contar la decadencia de un pueblo mexicano en las desérticas tierras de Jalisco. Aunque trabajos anteriores ya habían enfatizado el carácter ahistórico de Comala (Aguinaga, 1996: 815), el ejemplo paradigmático de la lectura mítica es el de Carlos Fuentes, quien sostiene que *Pedro Páramo* rompe con el tosco realismo y regionalismo latinoamericano al construirse como un completo catálogo de mitos occidentales, verdadero trampolín al *hall* de los clásicos universales (Fuentes, 1969: 16). Rulfo pareciera así mantener su lugar en el canon

mediante el exorcismo de la referencialidad que el uso del mito permite. Y si bien ya desde los años '70 han surgido numerosos artículos que polemizaron con la lectura de Fuentes –privilegiando el conflicto entre culturas letradas e iletradas, por ejemplo–,¹ considero necesario discutir esta posición en tanto implica inscribir al texto en una tradición –la de la nueva novela latinoamericana– en la cual aparece legitimada por su carácter de “precursora” y desvincular a esta de la larga y compleja búsqueda del regionalismo por superar sus esquemas iniciales.

Frente a la centralidad de *Pedro Páramo*, la marginalidad de *Los Sangurimas* en los estudios latinoamericanos contrasta sobremanera. El ecuatoriano José de la Cuadra, el narrador más prominente del llamado Grupo de Guayaquil, es todavía desconocido por gran parte de la crítica continental. Su compleja obra literaria queda comúnmente relacionada con una literatura panfletaria desprestigiada. Publicado en 1934, *Los Sangurimas* es una muestra de cómo cierta zona del regionalismo latinoamericano ligado al realismo, desarrolla una búsqueda formal que abre el universo de la representación a nuevos procedimientos, más sutiles y complejos. El lugar marginal de De la Cuadra dentro del canon latinoamericano se complementa con una operación a la que es proclive la crítica ecuatoriana, que insiste en resaltar su carácter de “precursor” del realismo mágico, reducción que tiende a justificar el valor de *Los Sangurimas* por la cercanía de su contenido temático al de *Cien años de soledad* (González, 1988: 739).²

Así, las etiquetas de “precursores” son funcionales al exorcismo referencial y a la anexión a ciertas corrientes literarias. Frente a estas posiciones, estableceré un diálogo entre los procedimientos empleados en *Pedro Páramo* y *Los Sangurimas* para la construcción de espacios literarios abiertos, dinámicos e históricos desde los cuales las novelas reflexionan sobre el devenir de la modernidad en las comunidades latinoamericanas tradicionales. En pos de contrastar las respectivas resoluciones narrativas, me centraré en el análisis de las figuras patriarcales y las aldeas de cada novela.

Pedro y Nicasio: modernización y caciquismo

En ambas novelas, las figuras centrales son caudillos terratenientes que asientan su imperio sobre las riquezas económicas y el poder político. Ambos heredan una hacienda y presentan rasgos que los alejan del común de los pobladores. El afán de Pedro Páramo por ejercer el poder y la expresividad de su subjetividad cuando se refiere a Susana lo alejan de la actitud pasiva y la interioridad lacónica del resto de los *transterrados*, tal como llama Roa Bastos a los habitantes de Comala (1996). Por otro lado, Nicasio Sangurima es hijo de un europeo de quien hereda unos ojos verdes que serán el rasgo de distinción sobre el que insistirá la novela para separarlo del resto de los montuvios. Ambos son arquetipos de la figura masculina de sus comunidades: Pedro al demostrarle a los pobladores de Comala su ejercicio absoluto del poder y Nicasio a través de su prestigio legendario. Y aquí la construcción de los dos personajes empieza a diferir, ya que el poder de Nicasio Sangurima está estrechamente vinculado a lo social y lo biológico, mientras que el de Pedro Páramo se construye principalmente a través de lo económico. Nicasio se ufana de una fecundidad que le permite organizar el pueblo de La Hondura según la cercanía de parentesco y el reconocimiento de su paternidad. Alrededor del casa central donde vive Nicasio se construyen las demás: “En cada una de aquellas vivía la familia de uno de los hijos legítimos de ño Nicasio, quienes habían sido dieciséis en total. Los demás hijos... habían construido sus moradas por los sitios distantes” (De la Cuadra, 2003:

1 Cfr. Mignolo, que relaciona la novela de Rulfo con las de Arguedas y Roa Bastos por la existencia en sus textos de “tensiones entre tradiciones culturales diversas que, por un lado, subyacen y circulan en la oralidad marginada de la cultura oficial y, por otro, pugnan por hacerse oír en escritores como los ya citados” (1996: 545).

2 Véase también Gilard (1977) y especialmente el artículo introductorio de Wilfredo Corral a las *Obras completas* de De la Cuadra (2003), donde el valor universal del realismo mágico de *Los Sangurimas* es esgrimido contra la crítica ecuatoriana que no supo ver en el relato más que un realismo ingenuo (Cfr. Donoso Pareja, 2003).

38). En cambio, Pedro Páramo, a pesar de su agitada actividad sexual, solo reconoce a su hijo Miguel (Rulfo, 1985: 58) y jamás alardea de su progenie.

La diferente forma de relación con la comunidad y la construcción del poder se puede rastrear también en cómo aparecen en las dos novelas los personajes típicos del regionalismo. Si bien en ambas estos se hayan bajo el dominio de los respectivos caciques, cada texto urde un sistema de relaciones diferente. En *Pedro Páramo*, el padre Rentería, el administrador Sedano, el abogado Gerardo y el líder de alzados Damasio *El Tilcuate*, son dominados económicamente por Pedro Páramo. Salvo el sacerdote, todo los demás son empleados directos suyos. Nicasio Sangurima, en cambio, prefiere procrear él mismo sus cuadros dirigenciales. Sus hijos principales desempeñan las funciones imprescindibles para el mantenimiento del poder: Ventura es quien se dedica a los trabajos agrícolas de La Honduras, Terencio es cura, Francisco es abogado y Eufrasio es coronel de montoneras y luego ladrón de ganado.

Los tipos de personajes se repiten, pero mientras Nicasio los procrea, Pedro los terceriza, constituyéndose en un caudillo de un tipo distinto al tradicional. Se verifican en él claras marcas de una modernidad que avanza hacia la comunidad aparentemente cerrada. En primera instancia, por su empuje emprendedor: tras él no hay una edad de oro, sino un pasado de decadencia. Pedro hereda la Media Luna con tantas deudas que Sedano sugiere venderla. Su decisión de vengarse del pueblo por la muerte de su padre y el alejamiento de Susana lo impulsan a apoderarse de él y lo hace recuperando el poder económico. En su capacidad por reconstruir la hacienda paterna se cifran los cimientos de su poder. En segunda instancia, el conflicto de la modernidad entre el individuo y la comunidad se verifica en el rencor que Pedro siente hacia los pobladores de Comala, con quienes se relaciona solo para ejercer su poder despótico y de quienes se distancia encerrándose en los recuerdos de Susana. De hecho, y tal como lo señala Dorfman, ya en el pueblo muerto de los susurros, la voz de Pedro Páramo es la única que no habla sobre su vida en Comala ni dialoga con los transterrados (Dorfman, 1996: 158). La ruptura entre el cacique y su comunidad es contundente y la consecuencia, inexorable: tras la muerte de Pedro, el linaje de los Páramos se extingue.

Distinto es el caso de Nicasio Sangurima, quien está plenamente integrado a la comunidad a través de la mistificación de su origen y de su carácter patriarcal, que lo configuran como una entidad anclada en la tradición. Son sus descendientes quienes se van entrelazando con la cultura y cosmovisión moderna. El cura Terencio, además de intervenir el discurso católico traduciendo sus parábolas a la idiosincrasia montuvia, consume discos y libros obscenos (De la Cuadra, 2003: 55); el letrado Francisco es sugestivamente sindicado como homosexual (2003: 60); las Marías son educadas en Quito y sus modos ciudadanos resaltan en La Honduras (2003: 76). Siendo minoría en el universo de La Honduras, estos Sangurimas que están fuertemente ligados a la modernidad urbana por su cultura, ideología y costumbres, colisionan dolorosamente con el mundo mítico de Nicasio, aún si todavía se reconocen como sus partes integrantes.

Los lazos de sangre funcionan como garantía del poder del patriarca y tanto la repartición igualitaria de sus tierras entre los descendientes (legítimos o no) como la violenta defensa de sus nietos ante la embestida policial (2003: 93) dan cuenta de cuán integrados están él y su estirpe. Cuando ocurre la catástrofe final, la familia Sangurima y La Honduras prevalecen a la irrupción de la modernidad a costa de desprenderse de los máximos exponentes del poder despótico: el coronel, los Rugeles y el propio patriarca.

Crítica de la aldea mítica: Comala y La Honduras

La relaciones que se pueden establecer entre las dos aldeas ficticias son también significativas. En ambas podemos rastrear un elemento constituyente de la estructura social: la economía.

Hacia adentro de las comunidades, el dinero ordena, legitima e impone jerarquías, lealtades y opresiones. Es el sometimiento económico a Pedro Páramo el que hace que Comala expire tras quedar su cacique enajenado, como así también es el dinero el que hace claudicar al Padre Rentería en su querrela con Pedro por la bendición del cuerpo de Miguel (1985: 28). En La Hondura, parte del halo legendario de Nicasio proviene de su riqueza, para la cual la explicación montuvia recurre a mitos como el trato con los muertos o el pacto con el Diablo (De la Cuadra, 2003: 27). En ambos, el cacique regula con su poder económico la relación con el afuera y el Estado. Es el dinero el que permite que la ley estatal no llegue a Comala para juzgar los crímenes de Miguel (Rulfo, 1985: 85) y que los vientos revolucionarios se desvíen del pueblo (1985: 81). En *Los Sangurimas*, Nicasio le gana un pleito a la Iglesia Católica y el municipio a través del soborno (De la Cuadra, 2003: 44).

Sobre ambas comunidades pesa un rótulo crítico central: la idea de “aldea mítica” que sobrevuela en torno a Comala, pero que también se aplica a La Hondura (González, 1988; Román, 2003). Esta lectura, presente en el corpus crítico mencionado, caracteriza a los pueblos donde suceden las ficciones como espacios herméticos estancados, a-históricos, con tiempos circulares, sin posibilidad de elaborar experiencia ni trascenderla. No obstante, existen claros elementos textuales que justifican la necesidad de discutir el carácter mítico de las aldeas ficcionales.

Empiezo por Comala por ser un ejemplo paradigmático de la lectura mítica. Concedo que la operación sin duda está abonada por el carácter de pueblo muerto con el que está representado, pero el análisis de procedimientos narrativos ligados a lo fantástico no debería sepultar toda una dimensión de referencialidad que *Pedro Páramo* presenta y que hace de Comala un espacio plenamente cruzado por la historia. En primer lugar, en la idealización de los tiempos dorados de la aldea, la linealidad histórica se cuele en la evocación a través de la presencia de unas “cafiaspirinas” que la madre de Pedro le pide a su hijo que compre (Rulfo, 1985: 12). Luego, se puede comprobar cómo la caída de Comala más que una trayectoria alegórica es un fenómeno social específico que en la novela se construye con la existencia de otros pueblos también deshabitados, por ejemplo “...el cerro de Vilmayo, donde estaban unos ranchos de los que ya no queda ni el rastro...” (Rulfo, 1985: 66). El paso de la revolución por el pueblo se explicita al mismo tiempo que las jugadas políticas de los caciques para utilizar en su favor los alzamientos. Por otro lado, el levantamiento cristero es señalado como elemento que termina de definir la desintegración de Comala (1985: 67). Finalmente, una lectura atenta niega cualquier carácter hermético de este pueblo: la nostalgia por un correo que traía y llevaba noticias (1985: 17) se complementa con la existencia de numerosas vías de acceso: “Hay multitud de caminos. Hay unos que va para Contla; otro que viene de allá... Ese que se mira desde aquí, no sé para dónde irá” (1985: 43).

En el caso de La Hondura, sus características también discuten la idea de una comunidad cerrada sin fisuras. La primera apertura es la que representa el río de los Mameyes, que además de bordear la hacienda, la une a las regiones de la Costa y la Sierra, integrando las dos grandes zonas culturales del país con el *hinterland* montuvio (Balseca, 2003: 107). Otra es la cifrada en el estrecho contacto que los Sangurimas mantienen con Guayaquil, la ciudad más moderna de Ecuador. Allí muere internada la primera mujer de Nicasio (De la Cuadra, 2003: 31); de allí llegan en lancha las Marías a La Hondura (2003: 76) y allí instala su oficina Francisco gracias al renombre que el apellido Sangurima tiene en la zona. La comunicación con la ciudad porteña es, finalmente, lo que precipita los acontecimientos finales: la noticia del asesinato de María Victoria genera en Guayaquil un repudio mediático generalizado que insta a las autoridades a intervenir en La Hondura. Pero además de esta conexión entre lo rural y lo urbano, en *Los Sangurimas* se hallan también presentes claras referencias históricas, como la dictadura de García Moreno y la guerra con Colombia (2003: 21), los alzamientos liberales de los que participa Eufrasio (2003: 64) y la irrupción de los partidos de izquierda en Guayaquil (2003: 87).

Lejos de ser representadas entonces como meras “aldeas míticas”, Comala y La Hondura están construidas como espacios abiertos e historizados, zonas de contacto entre culturas donde se escenifica la irrupción de la modernidad en comunidades tradicionales, aunque ninguno de los términos se considere de forma abstracta ni se piense en una oposición tajante. Antes bien, el conflicto está dado en culturas ya insertas en procesos modernizadores, cada una en distintas instancias y con particularidades propias. La diferencia en la representación de sus caciques permite pensar en las diferentes resoluciones narrativas para cada espacio. La estirpe de los Páramos muere junto con Comala tras el paso frustrado de la revolución. Los transterrados siguen monologando desde sus tumbas porque lo único que existe para ellos es un pasado irredento del que no se pueden librar tras la muerte de Pedro, el cacique que condensaba en sí las ventajas y los desgarramientos más hondos de la modernidad. La Hondura resiste la excursión policial al desprenderse del personaje más ligado al mito montuvio y los herederos de su violencia. Los Sangurimas sobreviven en tanto la comunidad ha sabido mantenerse lo suficientemente unida y conectada con lo exterior, por lo que lo que experimenta no es la desintegración, sino una tempestad.

En síntesis, el diálogo entre las dos obras ilumina imprescindibles reformulaciones del regionalismo latinoamericano que sostuvieron Juan Rulfo y José De la Cuadra desde sus respectivas narrativas. La creación de caciques signados por el conflicto de la modernización de sus comunidades y la construcción de espacios transculturados que hemos rastreado son solo dos de los muchos elementos renovadores de *Pedro Páramo* y *Los Sangurimas*. La conexión entre ambos autores da cuenta del largo, irregular y heterodoxo camino que la literatura latinoamericana siguió desde distintos puntos de su geografía para superar la obturación regionalista sin renunciar a la representación de sus comunidades rurales, en tránsito hacia futuros con menos certezas.

Corpus

Cuadra, José de la. 2003. *Los Sangurimas*. Quito, Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura.

Rulfo, Juan. 1985. *Pedro Páramo*. Madrid, Seix Barral.

Bibliografía

Aguinaga, Carlos Blanco. 1996. “Realidad y estilo en Juan Rulfo”, en Rulfo, Juan. *Toda la obra*. Fell, Claude (coord.). Madrid, Archivos.

Balseca, Fernando. 2003. “Los ríos profundos de José de la Cuadra: lo montuvio y lo nacional”, *Kipus*, Quito, 2° semestre.

Corral, Wilfrido. 2003. “Reivindicación de José de la Cuadra y el cuento ecuatoriano”, en José de la Cuadra, *Obras completas*. Hoyos, Melvin y Javier Váscquez, Javier (eds.). Guayaquil, Biblioteca de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil.

Donoso Pareja, Miguel. 2003. “De la Cuadra: *Obras completas*, realismo mágico y una discutible reivindicación”, en *Kipus*. Quito, 2° semestre.

Dorfman, Ariel. 1974. “En torno a Pedro Páramo”, en *Homenaje a Juan Rulfo. Variaciones interpretativas en torno a su obra*. Giacomani, Helmy (comp.). Madrid, Anaya-Las Américas.

Fuentes, Carlos. 1969. *La nueva novela hispanoamericana*. México, Joaquín Mortiz.

Girard, Jacques. 1977. “De *Los Sangurimas* a *Cien años de soledad*”, *Cambio*, N° 8. México.

González, Galo. 2003. “José de la Cuadra: Nicasio Sangurima, un patriarca olvidado”, *Kipus*. Quito, 2° semestre.

Mignolo, Walter. 1996. “Escribir la oralidad: la obra de Juan Rulfo en el contexto de las literaturas del Tercer Mundo”, en Rulfo, Juan. *Toda la obra*. Fell, Claude (coord.). Madrid, Archivos.

Rama, Ángel. 2007. *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires, El Andariego.

Roa Bastos, Augusto. 1996. "Los transterrados de Comala. La lección de Rulfo", en Rulfo, Juan. *Toda la obra*. Fell, Claude (coord.). Madrid, Archivos.

Román, Rut. 2003. "Dualidad y ambivalencia en *Los Sangurimas*", *Kipus*. Quito, 2° semestre.

CV

FACUNDO GÓMEZ ES ESTUDIANTE AVANZADO DE LA CARRERA DE LETRAS (UBA) Y ACTUALMENTE SE DESEMPEÑA COMO DOCENTE SECUNDARIO. ES ADSCRIPTO EN LA CÁTEDRA DE LITERATURA LATINOAMERICANA II (UBA) Y PARTICIPA DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN SOBRE HISTORIA Y LITERATURA PARAGUAYA, DE LA MISMA INSTITUCIÓN.
